IX

Durante dos noches estuvo Cendrin al acecho detrás de su ventana, á la hora que indicaba la carta, viendo llegar á las doce al nocturno visitante, que siempre adoptaba las mismas precauciones al llegar á la entrada de la estufa. Como es de presumir, á la mañana siguiente de cada una de esas dos noches, recogia Cendrin el ramillete y la consabida carta, y en vez de arrojar los primeros al estiércol, como ya hizo una vez, los ocultó entre el macizo de árboles, temeroso de que alguien pudiera descubrir las flores entre el montón de basura y de inmundicias procedente de las cuadras. En lo que á las cartas respecta, las guardó cuidadosamente por si algún dia podian dar testimonio de la conducta de aquel que las habia escrito.

Nada habia dicho á Luisa de cuanto acontecia, y de ese modo, aquella pobre mujer, llena de temores y sobresaltos durante el dia, podría hallar algún descanso en el sueño reparador de la noche. En cuanto á Cendrin, estaba dispuesto á todo, y si hubiera visto hacer la menor tentativa para entrar en la casa al hombre á quien tan activamente vi-

gilaba, le hubiera salido al encuentro. El sabio profesor no experimentaba temor alguno ante la idea de hallarse frente á frente de semejante bribón, convencido de que habria de reducirle á la impotencia con solo el valor de su palabra.

La última noche estuvo ya á punto de bajar al jardín con objeto de hablarle, pero en el momento en que se disponía á salir al pasillo y tomar la escalerilla que conducía cerca de la estufa, el hombre habia ya desaparecido. Entonces germinó en su mente un extraño proyecto. ¿Quién podria impedirle el ir á Montivilliers y tener con el marqués una seria conferencia?... Su edad, su carácter y su situación como íntimo amigo de la familia, todo le autorizaba para dar aquel arriesgado paso; además, no podía admitir por un solo instante que Condottier, ante el cual no podía pasar ciertamente por un desconocido, dejara de mostrarle cierta deferencia. ¿Qué motivo habia, después de todo, para que aquel hombre, obligado por él á reflexionar en la gravedad de sus actos, no llegase á adquirir la convicción de su desatentada conducta, renunciando á tan criminal tentativa? En todo caso, vería de qué modo sostenia la discusión, y siempre seria útil conocer el estado de espíritu en que se encontraba aquel corredor de aventuras, para preparar la defensa según la importancia del ataque. No dudó, pues, que sus propósitos darían solución al asunto, trazando al propio tiempo el deber que cada cual debía seguir.

Durante el almuerzo sintió Cendrin acrecentarse en él los deseos de abrazar una causa tan justa, al

contemplar la inmaculada pureza que se retrataba en el bello semblante de Cecilia y al compararla después con la repugnante corrupción de Condottier.

Concluído que hubo el almuerzo, salió al jardín en compañía de Luisa, y una vez completamente solos la dijo:

—No quiero que ignore usted el paso que voy á dar, por más que al decírselo contribuya á aumentar la intranquilidad de su espíritu, pero es en extremo urgente que vaya hoy mismo á Montivilliers.

Luisa nada contestó, pero su rostro se cubrió de mortal palidez.

—Sí, es completamente necesario; han llegado las cosas al estado verdaderamente agudo, y si no nos apresuramos pueden sobrevenir amenazadoras complicaciones.

Los ojos de Luisa parecieron interrogar al profesor; éste añadió:

—He querido que durmiera usted tranquila, pero yo velaba entretanto... y debo decirla que hace ya cuatro noches, vaga ese hombre al pie de las ventanas del castillo...

No había querido decir al pie de las ventanas de Cecilia, pero Luisa lo comprendió perfectamente, apoderándose de ella un temblor casi convulsivo.

—Pienso, pues, que es llegado el momento de hacer ver á ese desdichado los peligros que hace correr á los demás y aun los que él mismo corre y aducirle además razones, iluminarle, en fin, hasta obtener que se aleje de estos sitios... De otro modo...

—¿De otro modo, qué?—interrogó Luisa.

—Será preciso decidirse á prevenir á David... No tendremos derecho á sustraer por más tiempo á su jurisdicción un criminal de esa especie.

Luisa cambió con Cendrin una mirada llena de desesperación. Conociendo, como conocía á Daniel, consideraba muy peligroso el paso que se intentaba dar, pues el lastimado orgullo de éste podría conducirle á peligrosos extremos. Prudente ante sí mismo, sería temerario ante importunos testigos. Y á pesar de todo esto, comprendía Luisa demasiado que no era admisible el permitirle la continuación de tan locas manifestaciones. Por fin se aventuró á decir:

—¿Si alguien debe de ir en su busca, no cree usted que sea yo quien deba hacerlo?

—¿Y si la viesen al entrar ó al salir de aquella casa?

—Es verdad; todo el mundo me conoce en Montivilliers.

—En tanto que á mí nadie me conoce. Llego á casa del marqués, le hablo y nadie hallará en eso nada de particular... En tanto que usted....

—Sí, sí; pero háblele usted con dulzura y sin irritarle; por ese camino nada adelantaríamos y lo que nosotros necesitamos es obtener...

—No tenga usted cuidado; seré humilde y hasta estoy dispuesto á ofrecerle todos los honores de la guerra, y espero que entonces él se mostrará grande y magnánimo... Sólo le pedimos que nos deje en paz... Nada, nada; permanezca usted tranquila; yo sé lo que tengo que decirle, y desde esta mañana no pienso en otra cosa.

—Pues bien—dijo resueltamente Luisa, después de un momento de vacilación—haga usted en seguida lo que se propone; es necesario salir de una vez de tan horrible tormento.

Salieron al parque, llegaron á las praderas y desde allí, dijo Luisa á Cendrin mostrándole el puentecillo del río y más lejos la arboleda de Montivilliers:

—Siga usted la carretera de Beauvais hasta la aldea que hallará usted á su frente, y una vez allí vuelva usted á la izquierda y tome un camino que conduce á una valla de madera que corta una avenida plantada de álamos. Al final de esa avenida se halla el castillo, al cual llegará usted en veinte minutos.

¡Qué Dios tenga piedad de mí!

Separóse Cendrin á buen paso de Luisa y todavía pudo contemplarla desde la carretera de Beauvais de pie y en el mismo sitio que antes la dejara, como si sintiera haberle dejado partir. Hizo el trayecto en la forma anteriormente indicada y llegó hasta una verja de hermosa apariencia, tras la cual se apercibía el castillo de Montivilliers, especie de inmenso cuartel construído de piedra y ladrillo, sin estilo alguno arquitectónico, de triste apariencia y flanqueado por importantes construcciones dedicadas á servicio y dependencias.

Hallábase abierto un postigo en el muro contiguo á la verja y por él penetró el profesor en el patio, donde fué recibido por un perro mitad blanco, mitad canelo, que se hallaba tendido al sol, y que empezó á ladrar con furia, aunque sin levantarse del sitio en que se hallaba. Cendrin le dirigió algunas cariñosas palabras y el pobre é inteligente animal comenzó á mover la cola, cual si se tratara de la recepción de un amigo. Los ladridos habían atraído á un criado, al que encontró precisamente Cendrin á la entrada del vestíbulo.

—Desearía hablar—dijo—al señor marqués de Condottier.

—No sé si el señor marqués está en casa.

—Véalo usted... En todo caso he aquí mi tarjeta.

El criado introdujo á Cendrin en un pequeño salón, saliendo después en busca de su amo. Parecióle á Cendrin que la estancia en que se hallaba tenía ese melancólico aspecto que presentan siempre las casas deshabitadas.

El mobiliario estaba simétricamente arreglado, los cortinajes corridos del todo, y sobre la mesa no se veía ni un solo libro. Todo, en fin, era allí frío y triste y se conocía que desde la muerte del padre de Daniel nadie había penetrado en aquella pieza. Sin duda alguna, el marqués ocupaba en el primer piso sus habitaciones particulares. Ante el aspecto de aquella morada sombría, se explicó Cendrin la activa vida al aire libre de Condottier y comprendió que el fastidio le había arrojado de allí, como comprendía también que la vagancia habría de conducirle al mal. ¿Qué hacer si no en aquel vasto y lúgubre castillo? Para matar el tiempo precisaba recorrer los alrededores, urdir una intriga cualquiera y sacrificar, para distraerse, la tranquilidad de toda una familia. Aquí llegaba Cendrin de su indignación, cuando un ruido de pasos le hizo vol-

ver á su moderación y prudencia acostumbradas.

Abrióse una puerta, y el marqués, en traje de montar, penetró en el aposento, teniendo todavía en su mano la tarjeta del miembro del Instituto. Fijó en el profesor una penetrante y clara mirada, y después de inclinarse ceremoniosamente ofreció un sillón á Cendrin, sentóse él en otro y dijo con dulce y simpática voz:

—¿A qué debo, caballero, el honor de su visita?

—Temo incomodar á usted—contestó Cendrin. Veo que iba usted á salir...

El joven arrojó una negligente mirada sobre su traje y dijo sonriendo:

—No se preocupe usted por eso; siempre estoy dispuesto á salir, pues vivo muy poco en mi casa, pero aunque así no fuera, sacrificaría con gusto mi paseo.

Cendrin frunció el ceño: el marqués era demasiado amable y creyó necesario cortar por lo sano; así es que mirando cara á cara á su interlocutor le preguntó:

—¿Aunque ese paseo debiera conducir á usted cerca de Saint-Sauveur?

Las mejillas del marqués se colorearon ligeramente é hizo un leve movimiento de sorpresa, pero recobró en seguida su impasibilidad y dijo con más resuelto acento:

—A Saint-Sauveur ó á cualquiera otra parte; lo mismo da.

—Ruego á usted me dispense—dijo Cendrin—pero no nos dá lo mismo, ni á mí, ni á las personas objeto de mi visita.

Reinó un momento de silencio, precursor del grave asunto que había de tratarse. Los labios de Daniel se contrajeron y Cendrin bajó la cabeza y arqueó su cuerpo como preparándose al ataque y á la defensa.

—Ignoro el alcance de lo que parece trata usted de decirme—dijo el marqués—y le agradecería mucho se sirviera precisar...

—Nada más fácil, dijo Cendrin. Desde hace algún tiempo, señor marqués, un hombre penetra todas las noches en el parque de Saint-Sauveur; ya se sabe allí, y he creído, por lo tanto, prudente el prevenirle...

Condottier hizo una ligera mueca de indiferencia y replicó:

—¿Y puede saberse en qué puede interesarme todo eso?

—No tengo duda, señor marqués, de que conoce usted á la persona de que se trata, y he concebido la esperanza de que usted mismo se dignará advertirle de los peligros que puede correr, si continúa sus solitarios paseos por aquellos sitios y á tan intempestiva hora.

—¿Tiene usted la bondad de decirme qué peligros son esos?

—Señor marqués, no creo ignore usted que está completamente prohibido el entrar en una propiedad cerrada, sobre todo, durante la noche; y quién sabe si un guarda ó criado cualquiera, al enterarse del caso y dejándose llevar quizás de un excesivo celo, no disparaba su escopeta sobre el atrevido paseante... Dejo á su buen juicio el

considerar el escándalo que acto semejante produciría.

—Caballero, si como creo, traduzco bien su pensamiento á través de las nebulosidades que le envuelven, se trata en el caso actual de una declaración de guerra, pues acaba usted mismo de confesar, que de continuar los paseos nocturnos á Saint-Sauveur iba en ello la vida... ¿No es así? Y como el profesor no contestase, añadió:

—¿Qué pensaría usted del hombre al cual se le dirigen esas amenazas, si tuviera el necesario carácter de ceder ante ellas?

—Pensaría que es un hombre muy razonable y le felicitaría muy de veras.

—Es posible, pero también no lo es menos, que quizás pensase usted que ese hombre cedía por miedo de hallarse ante el cañón de una escopeta... Así, pues, sus cálculos, señor mío, no pueden dar el menor fruto, desde el momento en que arrancan de un falso punto de partida... Para obtener lo que se propone, hubiera sido preciso abstenerse de hacer todo género de personal manifestación y enviar, por el contrario, lisa y llanamente un secreto aviso, para que la persona interesada se hubiera retirado del mismo misterioso modo que se había presentado.

—Pero, vamos á ver, señor marqués ¿Á qué conducen esos alardes de ofendida dignidad ante un hombre que como yo, no ve más allá de sus experimentos científicos y que no pertenece de hecho á esa sociedad que todo lo sacrifica á un mal entendido amor propio?... Tráteme usted, pues, ni

más ni menos que como mis creencias se merecen... Por otra parte, ¿qué es lo que un sabio significa?... Se le escucha, se aprovechan las gentes de sus explicaciones y experimentos y... eso es todo... Con que, yo no pido á usted más que un poco de bondad y de conciencia... Se trata de una joven, de una niña... ¿Cree usted que sea obra meritoria el turbar la paz de su alma enviándola cada día cartas y ramilletes?... ¿Cree usted, por fin, que eso sea moral ni conveniente?... ¿Si alguien pretendiera hacer semejante afrenta á una hermana de usted, qué conducta seguiría en ese caso?

Condottier respondió con voz breve y sin conmoverse en lo más mínimo:

—Estoy solo en el mundo y no tengo que mirar por nadie; excepción hecha, como es natural, de mi propia persona.

Al propio tiempo pensaba Daniel en que Cecilia había recibido sus cartas y que quizás habría sido sorprendida y sermoneada por la familia, y al persuadirse de que la joven no ignoraba ya ser el objeto de sus profundas preocupaciones, decidió hacerse fuerte ante los razonamientos y súplicas de Cendrin. Este prosiguió, poseído de la mayor animación:

—Dicha familia se halla sumida en la mayor tristeza, pues había sido antes víctima de una irreparable desdicha; sería por lo tanto digno y generoso no aumentar sus penas... Además, señor marqués, no debe de jugarse nunca con el honor y la tranquilidad de nadie... Esté usted persuadido que más tarde ó más temprano llega siempre una pro-

videncial revancha... La juventud, que es de suyo irreflexiva y ardiente, no tiene la exacta noción de lo justo, y no piensa jamás en si una cosa le es ó no permitida, pero cuando se llega á la edad de la razón y se juzga la propia conducta volviendo los ojos al pasado, entonces es cuando atarazan los remordimientos y aparecen en toda su impureza las faltas cometidas. Vivir rodeados del respeto de las gentes nos permite envejecer enorgullecidos con nuestra propia estimación, muriendo tranquilos y satisfechos, al pensar que durante nuestra vida nos hemos consagrado por completo al bien... Señor marqués, esa niña inocente, objeto del actual disgusto, se halla á punto de contraer matrimonio con un hombre al cual ama, y sería, á mi modo de ver, hacerla un buen regalo de boda, proporcionándola la necesaria seguridad.

A estas palabras, levantó Condottier la cabeza, momentos antes inclinada por el fastidio y dijo:

—¡Cómo! ¿Está prometida?... ¿Y á quién?

—Al director de la fábrica de su padre.

—¡Ah! exclamó el marqués con acento de irónica piedad, se la entregan á ese pelafustán... ¡Vaya; segunda edición del matrimonio de la madre!... ¡Cómo ha salido tan bien la primera!

Parecióle á Cendrin tan brutal la anterior reflexión y de tal suerte le chocó, que perdiendo la paciencia de que hasta entonces había hecho uso, dijo mirando cara á cara al joven:

—Esté usted seguro, señor mío, que estará mucho mejor guardada la hija que la madre.

—Pues entonces, respondió friamente Condottier, debe usted de estar tranquilo y alejar de si esa agitación de que da muestras. ¿Qué objeto puede tener?

—El de impedir una desgracia, señor mío. De todos modos, confesará usted que el corredor de aventuras de que se trata, no habrá sido cogido á la imprevista, desde el momento en que claramente se le ha explicado á lo que se expone. Ahora, puede si quiere, no prescindir de su capricho: ya sabe que en ello le va la vida.

—Caballero, replicó el marqués, hay muchos hombres para los cuales nada significa la vida, y lo es todo, la satisfacción de un capricho. ¿Qué es la vida sin fantásticos placeres, y sin emociones por lo tanto? ¿Qué diferencia puede existir si no entre nosotros y un caballo ó un buey de carreta cualquiera, si tenemos que obedecer al freno, ó soportar el yugo de la costumbre? Me hablaba usted hace un momento del mundo y sus conveniencias y le he escuchado, si no con interés, por lo menos con deferencia... Pero, tendrá usted que perdonarme si le digo que no ha sido poca mi sorpresa al oir todos esos lugares comunes en labios de un hombre que tanto vale y que es un perspicaz analítico. Ya ve usted que le conozco, mal que le pese á su excesiva modestia, y por eso me extraña tanto más que no haya comprendido desde el primer instante, que no me afecta nada de todo aquello que sea de uso corriente, y que me entusiasmo, por el contrario, ante la idea de un hecho inesperado, de una sensación extraña ó de un acto cualquiera completamente inédito. Crea usted, señor Cendrín,

que lo siento en extremo, pero, me ha hablado usted en un lenguaje contrario en un todo á mi modo de pensar y de sentir. Sin embargo, no creo que haya sido por no comprenderme, pues si usted hubiera querido, me habría hablado en la forma adecuada á ese mismo modo de pensar y de sentir de que dejo hecha mención...

Habíase animado poco á poco el marqués, llegando á amenizar sus palabras con una nerviosa sonrisa que hacia estremecer sus labios por la mal encubierta ira que le dominaba. Sus azules ojos, tranquilos y dulces en otras ocasiones, presentaban en aquel instante la dureza y la brillantez del acero. Cendrin le contemplaba entre tanto con el corazón oprimido y con apesadumbrado rostro, cual si se hallase ante un espantable fenómeno de corrupción social, ó en presencia del más monstruoso tipo de sensual egoísmo.

—Señor marqués – dijo con dulzura Cendrin— tiene usted razón al decir que le he comprendido; pero creia que usando de un lenguaje, que por desgracia hace tiempo que usted ha olvidado en cierto modo, llegaría á despertar en su espíritu nobles y generosas ideas. Así lo he hecho en descargo de mi conciencia; y ahora que la situación se halla por completo despejada de todo género de equívocos, que usted sabe lo que deseamos y que yo sé también por mi parte lo que usted ambiciona, es llegado el momento de hablar con entera claridad. Piensa usted que se ha creado el universo única y exclusivamente para comodidad de usted, es decir, para que le proporcione criados,

amigos y queridas; que hombres y mujeres no son otra cosa que un rebaño sobre el cual está usted llamado á reinar, haciéndose dueño de unas, engañando á los otros, matando á aquellos que se resisten y hollando por fin bajo sus pies á los que han tenido la debilidad de entregársele. Todo eso, según usted afirma, no es más que un juego para los hombres de refinado gusto; así es, que la sociedad, siguiendo esas doctrinas, sería tan solo una especie de lote que se adjudicarían unos cuantos Tenorios, cometiendo toda suerte de infamias y de excesos, tomándolos á chacota entre sí, si es que no se alababan de ellos en público, y abrigando además la ridícula pretensión de acallar los gritos de sus víctimas, haciéndoles ver que los actos por ellos cometidos redundaban en honor y gloria de los mismos cuya desgracia habían cimentado. Usted, señor marqués, es un distinguido tipo de la especie de hombres que acabo de describir, y contra cuya semblanza no me parece se halla usted dispuesto á protestar, sintiendo, por el contrario, una especie de banal placer ante la brutal pintura que de usted mismo he hecho, ¿no es cierto? Pues bien, sí, señor marqués, dentro del orden natural de las cosas, resulta usted un acabado mónstruo, un peligro permanente para las gentes honradas é inofensivas y merece usted á todas luces que se le persiga y aniquile.

He aquí el resultado de mi análisis bajo el punto de vista fisiológico.

¿Desea usted ahora conocer el que se relaciona con la vida práctica?

—Tendré en ello sumo placer—respondió Daniel con sereno acento.

—Helo aquí: Va usted á tener la bondad de tomar inmediatamente el tren para regresar á París y dedicarse allí á sus habituales ocupaciones, de otro modo, pondré esta misma noche en conocimiento de Herbelin las excursiones nocturnas que hace usted á la propiedad de que él es dueño. Añadiré además, con objeto de que no ignore usted nada, que una hora después se podrá apostar ciento contra uno á que es usted hombre muerto.

Levantóse Condottier sin contestar á las amenazas del profesor y siempre sonriente saludó con exquisita cortesía á Cendrin, diciendo:

—Caballero, he tenido un verdadero honor en conocerle... Me ha hecho usted pasar una hora agradabilísima, cosa que rara vez sucede cuando se habita en el campo, y le ruego crea que aprecio en todo su valor, cuanto me ha dicho de justo y razonable... Otro en mi lugar, aprovecharía quizás sus buenos consejos y le estaría agradecido eternamente, pero yo... ¡Qué quiere usted!... hace ya largo tiempo que estoy reñido con la razón y con la prudencia...

No pudo contener Cendrin un movimiento de interés, al advertir que en Condottier, no se hallaba exento el vicio de cierta nobleza:

—Señor marqués, dijo, permítame que repita lo que dije al comenzar nuestra entrevista: no ponga usted en juego el amor propio para deslumbrar con él á un viejo soñador como yo... Esté usted seguro que le estaré mucho más agradecido

por un acto de prudencia que por un rapto cualquiera de locura... ¡Vamos! déjese usted ablandar por los ruegos de un hombre que es casi un anciano; pues al hablarle como lo estoy haciendo, mis palabras se hallan inspiradas en la más pura sinceridad... Créame usted; hay una Providencia y no siempre el malvado es el más fuerte... Llega por fin una hora en que la justicia inmanente se manifiesta y castiga.

—Sí, dijo sonriendo Condottier, tenemos la alegoría de Don Juan...

—¿De modo, que es usted incorregible? exclamó Cendrin montando en cólera.

—Mucho lo temo, respondió con desdeñoso tono Condottier.

El sabio le miró con tristeza y dijo:

—Le compadezco á usted.

Y dirigióse á la puerta sin añadir una palabra. El marqués le acompañó ceremoniosamente hasta la escalinata y bajó con él hasta el patio. Cuando llegaron á la verja principal, el perro se acercó al doctor frotando cariñosamente su cabeza entre las manos de Cendrin.

—Positivamente, dijo Daniel con encantadora amabilidad, es usted á buen seguro una excelente persona, pues siendo como lo es, infalible el instinto de los animales, se ha conquistado usted á primera vista las simpatías de mi perro.

—¡Lástima grande que no haya podido conquistar al dueño! contestó Cendrin bajando la cabeza.

—¡Ah! contestó el joven, cediendo á secreto y